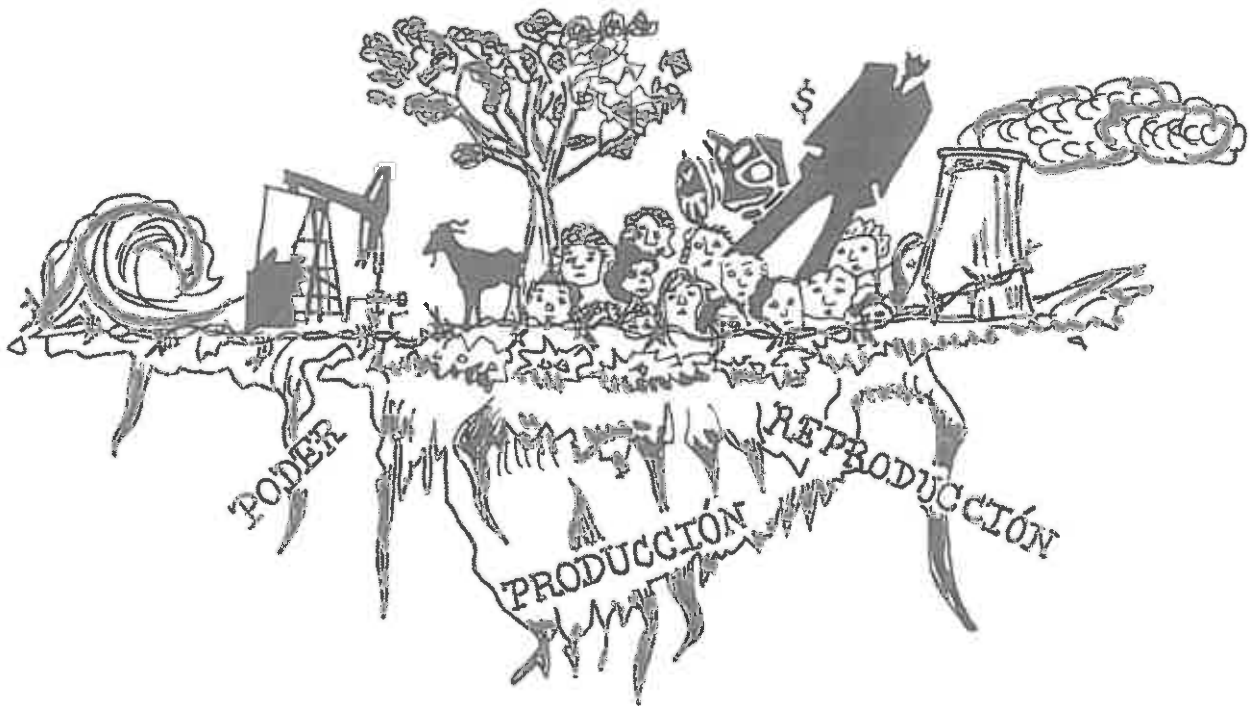


Crisis: ¿ecológica o ecológico-mundial?*

Jason W. Moore†



¿Cómo conocemos una crisis ecológica cuando la vemos? Para gran parte del mundo, la respuesta es un poco como el viejo cliché acerca de definir la pornografía: lo sé cuando la veo. Las respuestas de sentido común a las preguntas espinosas siempre tienen un núcleo de verdad. Pero, ¿es el sentido común un buen sentido? El cambio climático está incuestionablemente implicado en la crisis de nuestros tiempos, y no hay duda de que el CO₂ y los gases de efecto invernadero son importantes para estos cambios. Pero ¿tiene sentido comprender el calentamiento global principalmente como una acumulación de moléculas? El pensamiento que sigue de este sentido común podría oscurecer más de lo que aclara sobre las turbias realidades significadas por el lenguaje de la «crisis ecológica». Porque el fetichismo molecular no es tan empíricamente

erróneo como culpable de confundir los datos biosféricos con hechos históricos. Este enajena los datos de la totalidad del cambio histórico, confundiendo el tiempo y el espacio con la historia y la geografía. Las acumulaciones moleculares, los agotamientos geológicos, las difusoras toxificaciones, se han convertido en hechos históricos (y en potenciales indicadores de crisis ecológica) a través de los movimientos de la civilización humana, y sobre todo del sistema-mundo moderno.

Si esta historia es vista típicamente como una historia de relaciones humanas con consecuencias ambientales, una síntesis más amplia es sugerida por cuatro décadas de pensamiento verde: la modernidad no actúa sobre la naturaleza sino que se desarrolla *a través* del tejido de la vida. Yo he dado en llamar esta síntesis emergente «eco-

* Publicado originalmente bajo el título «Crisis: Ecological or World-Ecological?» en: Caroline Wiedemann y Soenke Zehle (editores), *Depletion Design: a Glossary of Network Ecologies*. Amsterdam: Institute of Network Cultures, 2012, 73-78. Artículo traducido por Luis Alfredo Garrido Soto.

† Jason W. Moore es profesor titular de sociología en la State University de New York (Binghamton), coordinador de la World-Ecology Research Network, e investigador asociado del Fernand Braudel Center en SUNY-Binghamton

Es autor de *Capitalism in the web of life* (Verso 2015).

logía-mundo». El sistema-mundo, en esta visión, es una ecología-mundo capitalista. Es una civilización que une la acumulación de capital, la búsqueda de poder y la producción de la naturaleza en unidad dialéctica. Ecología-mundo es una forma de nombrar los procesos por medio de los cuales la civilización capitalista emerge como un baile de naturalezas humanas y extra-humanas. Es una forma de reenfocarse en el baile mismo, abarcando a los individuos pero no reducible a sus interacciones. Esta óptica es una protesta contra el dualismo cartesiano y una alternativa a él, aborda el capitalismo como una relación de toda la naturaleza, incluyendo aquellas relaciones simbólicas y materiales entre humanos a menudo vistas como incuestionablemente sociales. Las relaciones del capital, el trabajo, y el poder se mueven *a través*, no alrededor, de la naturaleza. Ellas mismas son «fuerzas naturales específicamente aprovechadas» (Marx). Las economías-mundo no interactúan con ecologías-mundo; las economías-mundo *son* ecologías-mundo.

En este concepto, *ecología* no es un sustantivo modificado por un adjetivo geográfico; ni es un sinónimo para las relaciones al interior de las naturalezas extra-humanas. En cambio, ecología gira en torno al *oikeios* (después de Teofrasto) como la relación simultáneamente generativa y destructiva de las especies y los ambientes. El cambio metodológico decisivo es desde un cartesianismo verde que privilegia las interacciones de las naturalezas humana y extra-humana hacia una que pone la relación (el *oikeios*) en el centro. El argumento es homólogo a (e intersecta) la comprensión de Marx de la ley del valor como trabajo abstracto. Es imposible, como Marx argumenta, comprender la interacción históricamente específica de los valores de cambio y valores de uso sin comprender las relaciones del valor que dan auge a configuraciones específicas y patrones históricos de intercambiabilidad y utilidad.

Por qué el valor de cambio y el valor de uso: léase naturaleza humana y extra-humana. Las interacciones de esta última son mejor consideradas como los resultados de un proceso histórico subyacente (valor-como-*oikeios*), no su punto de partida. A través del *oikeios* podríamos construir ricas totalidades de muchas determinaciones —tales como las civilizacio-

nes y sus inevitables crisis— hechas y rehechas por medio de la actividad constructora de ambientes de todas las especies (¿hoy alguien duda que las malezas, o enfermedades, son actores históricos significativos?). A través del *oikeios*, aparecen nuevas conexiones históricas, hechas posibles gracias al trascender la violencia simbólica del dualismo cartesiano. Aquí las múltiples modernidades de la ecología-mundo capitalista —financiarización, industrialización, revoluciones científicas, hegemonías culturales, formaciones patriarcales y órdenes raciales (todas estas y más)— son reveladas como manojos desordenados de naturalezas humanas y extra-humanas. Estos manojos son a la vez simbólicos y materiales, y no es por ningún motivo un simple (o incluso útil) ejercicio para separar los dos. Al frente y en el centro está la dialéctica a través de la cual los humanos simultáneamente crean y destruyen múltiples ambientes, por medio del cual cada ambiente simultáneamente estimula y desestimula el manajo específico de especies que sostiene (humanos, entre otras). Esta dialéctica desafía directamente el monolito «humanidad» significado por el término popular «el antropoceno», una descripción que crea un falso agregado de actividad humana cuyas diversas, desiguales e históricamente desiguales geografías son reificadas, y cuyo campo gravitacional unificante (la acumulación de capital) es invisibilizado.

Tal invisibilización es un complemento natural a la cosmovisión cartesiana que procede de la interacción entre dos monolitos, naturaleza/sociedad. La contribución histórica del cartesianismo verde fue iluminar lo que estaba anteriormente invisible. El procedimiento de iluminación fue crear binarios de conductores sociales y consecuencias ambientales, antes que dar cuenta de las cambiantes configuraciones del *oikeios*. De este modo el cartesianismo verde produjo historias ambientales *de* procesos sociales antes que, digamos, mirar al imperialismo o la industrialización como historia ambiental, como desordenados manojos de naturalezas humana y extra-humana. Sin embargo, sería poco caritativo y ahistórico considerar el procedimiento anterior (la historia ambiental *de*) deficiente en un sentido abstracto; sus maravillosas contradicciones sugirieron el cambio paradigmático que estamos viendo hoy en día (historia ambien-

tal como). Este cambio no es de pequeña consecuencia. Porque la visión de que la financiarización *tiene* consecuencias ambientales implica un conjunto diferente de respuestas intelectuales y políticas desde el punto de vista de que la financiarización es una forma de organizar la naturaleza. Pero ¿es la «naturaleza» mejor considerada como una dimensión entre muchas? No estoy tan seguro. La perspectiva de un cartesianismo débil aún predomina hoy en día, identificando la naturaleza como uno de los muchos dominios relacionales importantes. Sin embargo, la ecología-mundo sugiere una alternativa: la naturaleza no es uno de los muchos dominios de la experiencia humana, sino la matriz histórica dentro de la cual las contradicciones de la modernidad se desenvuelven.

Los límites del cartesianismo verde entran en un foco agudo cuando consideramos los términos pareados, «límites naturales» y «crisis ecológica». Para su duradero crédito, los verdes son mejor conocidos por hacer sonar la alarma, a inicios de los 70, sobre los inminentes «límites del crecimiento». La tesis es lo suficientemente simple: el crecimiento económico moderno crea escaseces relativas en la naturaleza. Los límites impuestos son aquellos de la naturaleza externa primero, y de las contradicciones sociales segundo. Ahora, la primera cosa que se necesita decir es que no hay tal cosa como la naturaleza externa, al menos no en la manera en que la frase es comúnmente entendida. Ni hay contradicciones sociales. *Hay* límites, y hay contradicciones. Pero éstas no son sociales ni ambientales, precisamente porque no hay tal cosa como conflicto y contradicción entre los humanos que no sea simultáneamente una relación dentro de la totalidad de la naturaleza.

Las civilizaciones crean límites que derivan de las fuentes originarias de su dinamismo. El genio del capitalismo fue movilizar la naturaleza extra-humana para incrementar la productividad del trabajo humano. Esto fue evidente desde el largo siglo XVI, cuando el capitalismo efectuó una revolución en la escala, alcance y velocidad de la transformación del paisaje sin precedentes en la historia humana. Esta revolución se basaba en la frontera como un modo de aumentar la productividad del trabajo, que se convirtió en la principal métrica de la riqueza de la civilización. Los límites que toman lugar hoy día son aquellos de la

configuración específica del *oikeios* (como valor) que ha gobernado los amplios contornos modernos de riqueza, poder, y especies/ambientes.

Si tomamos las «charlas de los límites» como proposición metodológica (sobre relaciones) antes que como un reclamo empírico (sobre sustancias), podemos dar mejor sentido a la turbulencia global de hoy en día. Los hechos geológicos del cénit del petróleo, por ejemplo, se han convertido en hechos *históricos* a través de un marco histórico en que las particularidades geológicas y geográficas influyen nuevas condiciones de, y constricciones sobre, la acumulación de capital. La geología se vuelve una cuestión de *determinación*, no *determinismo*. El problema analítico no es si más petróleo puede ser extraído en una abstracta curva de la oferta, sino si más petróleo puede ser extraído con menos y menos trabajo. El petróleo se vuelve cénit del petróleo solo en condiciones ecológico-mundiales específicas.

Los límites del capitalismo incluyen las realidades biofísicas y biosféricas pero no son reducibles a ellas. Tales realidades están más completamente elaboradas una vez situadas dentro del peculiar proyecto civilizacional del capitalismo, en sí mismo situado en el tejido de la vida. Desde el siglo XVI, el ascenso del capitalismo estaba fundamentado en una estrategia que hizo época, que puso en movimiento pequeñas cantidades de capital y poder militar para apropiarse de vastos océanos de los «regalos libres» de la naturaleza. La fecunda observación de Marx de que la fertilidad del suelo podría «actuar como un incremento del capital fijo» —aumentando la productividad del trabajo— es relevante más allá de la temprana historia del capitalismo. Se mantiene para la larga historia del cercamiento y agotamiento de las vetas de carbón, campos de petróleo, acuíferos, y campesinados a lo largo del espacio y el tiempo del capitalismo histórico. Desde esta perspectiva, el problema principal no es el «cénit de todo» sino el cénit de *apropiación*. El problema del capital hoy día no es el agotamiento en lo abstracto, sino las contractivas oportunidades para apropiarse baratamente de la naturaleza (con menos y menos trabajo).

Este enfoque relacional a los límites civilizacionales dirige nuestra atención a aquellos momentos cuando las relaciones estratégicas que gobiernan una civilización llegan a un pun-

to muerto. Una de dos cosas suceden cuando las civilizaciones llegan a un punto muerto tal. Típicamente, reestructuraciones importantes no obstante cuantitativas ocurren. Más raramente, el viejo sistema no puede reestructurarse, y emergen nuevos modos de producir poder, riqueza y naturaleza.

El punto muerto del régimen de acumulación financiarizado del neoliberalismo es uno de tales puntos muertos. Tales momentos son, al menos, momentos cruciales en la vida del capitalismo. Esos son crisis ecológico-mundiales.

Desde finales de la Edad Media hemos visto dos formas de crisis ecológico-mundiales, epocales y de desarrollo. Estas son crisis de formas civilizacionales de organizar la naturaleza, incluyendo los humanos. Entonces, no son los suelos y las especies, los bosques y los combustibles, los que hacen las crisis ecológico-mundiales, sino las relaciones de poder, producción y reproducción que se mueven a través de los bosques y combustibles, suelos y especies (y por supuesto, mucho más allá de estos). No hay una crisis «ecológica» junto a las otras crisis, puesto que el mosaico de relaciones constitutivas (poder, capital, ciencia, etc.) en sí mismas son complejos manojos de naturalezas humana y extra-humana.

La primera de las dos formas de crisis ecológico-mundial puede verse en el largo siglo XIV, durante la crisis del feudalismo. Esta fue, resultó ser, una crisis epocal. Lejos de ser una crisis biofísica o atmosférica estrechamente concebida —aunque tales puntos de inflexión claramente estaban en juego— la crisis relevante fue la de las relaciones organizativas básicas del feudalismo. Este fue el irreversible derrumbe de la específica dinámica señor-campesino que reprodujo el poder feudal. La civilización feudal vivió y murió sobre la extracción política de plusvalor (la relación señor-campesino), aunque reconocía derechos consuetudinarios del campesinado a la tierra. El orden agrario resultante no proporcionaba ni la coerción ni el incentivo necesario para sostener el aumento de la productividad, mucho menos para revertir el estancamiento agrícola en el largo plazo. Aunque se hable normalmente de agotamiento del suelo como si fuese un asunto de propiedades biofísicas, estas propiedades solo se volvieron importantes a través de la relación señor-campesino, el centro gravitacional del feudalismo. Los límites del feudalismo eran históricos y relaciona-

les, no absolutos y externos. El agotamiento del suelo inscrito en esta crisis civilizacional fue una contradicción fundamental —porque la productividad del trabajo era decisiva a la extracción de plusvalor— pero solo un irritante menor al orden capitalista que vino a continuación, precisamente porque la tierra se convirtió en un activo fungible y a disposición. ¿Tierra agotada? Muévanse a la frontera. Este fue el lema estampado en el escudo de armas del capitalismo temprano.

El punto esencial es elemental, aunque raramente profundizado: los «límites del crecimiento» son históricamente específicos. La visión convencional es pensar la crisis ecológica en términos de flujos disminuidos de sustancias: insuficiente alimento, insuficiente energía del petróleo. Pero podría ser más productivo pensar la crisis como un proceso a través del cual formas fundamentalmente nuevas de ordenar las relaciones entre humanos y el resto de la naturaleza toman lugar. Efectivamente hay llamativos paralelismos entre nuestra situación hoy y una amplia Europa feudal en 1300: el régimen agrícola, después de destacables ganancias de productividad, se estancó; una proporción creciente de población vivió en ciudades; redes comerciales expansivas conectaron centros económicos a larga distancia, y flujos epidemiológicos entre ellas; el cambio climático (la «pequeña glaciación») destacó un orden eco-demográfico ya sobre-extendido; y la extracción de recursos vitales, especialmente en plata y cobre, enfrentó nuevos desafíos geo-técnicos.

La segunda forma de crisis ecológico-mundial es de desarrollo. Estas crisis marcan las transiciones desde una fase del capitalismo a la otra. Una de tales crisis de desarrollo sucedió después de 1763 y no sería resuelta hasta después de 1815. La temprana revolución industrial también marcó el fin de la revolución agrícola que hizo posible la industrialización inglesa en primer lugar —en gran parte al inundar el país con alimento barato y trabajo barato. El estancamiento agrícola no estaba confinado a Inglaterra, y cayó la productividad, la desigualdad se amplió y los precios de los alimentos subieron a través de la ecología-mundo atlántica en esa época. El aumento de los precios de los alimentos amenazó el ascenso del capitalismo industrial, como observó Ricardo en aquel entonces. En Inglaterra, los precios de los alimentos subieron cuatro veces más rápido que el índice industrial

de precios al final de siglo XVIII, un momento clave de crisis ecológica de desarrollo. El disparado precio del pan en Francia contribuyó a los problemas acumulados del país y a los eventos de 1789 (¿sombras de la primavera árabe?). La productividad del suelo podría haber sido incrementada, pero solo a través de la intensificación del trabajo, y esto hubiese consumido el trabajo necesitado por la industria y el imperio. La solución en última instancia fue encontrada en dos grandes fronteras, rindiendo dos grandes fuentes de ganancias inesperadas. La primera frontera fue vertical, moviéndose *adentro* de la Tierra para extraer carbón. La segunda fue horizontal, moviéndose a través de la Tierra para producir trigo, especialmente en Norteamérica. Cuando otra «gran depresión» llegó en 1870, la era de rápida industrialización fue posible sobre la base de alimento barato, entregado por el trabajo co-operativo de ambas fronteras, con hambruna masiva en el Sur de Asia y China y genocidio en Norteamérica como contrapunto civilizacional.

¿Es el despliegue de la Gran Recesión del siglo XXI la última en una historia más larga de crisis de desarrollos que ha trascendido el capital, o es un punto de inflexión epocal? Vale la pena recordar la distintividad de la era dorada menos que brillante del neoliberalismo. En contraste con las eras doradas del poder mundial estadounidense y británico de mediados del siglo XX y mediados del siglo XIX, la era 1938-2008 no se construyó sobre una revolución industrial en la productividad del trabajo. ¡Muy al contrario! Las factorías de robots del futuro, ampliamente anticipadas en los 70, nunca se materializaron. El futuro se convirtió en un mundo de talleres, excedente de humanidad, doctrinas del shock, no de fábricas automatizadas. El plusvalor fue realizado a través de apropiaciones sin precedentes (crecientemente financiarizadas en el tiempo), apoyadas por el despliegue sin precedentes de poder coercivo y disciplinario a escala mundial. Los dos momentos de la frontera y la acumulación coerciva-intensiva estaban estrechamente vinculados. El capitalismo neoliberal en sí mismo sostenido por la apropiación de los regalos libres restantes para la toma: las fronteras petroleras del Mar del Norte, Alaska, África occidental y el Golfo de México; la cresta de la agricultura de la Revolución Verde en el Sur de Asia, apropiando y agotando el suelo fértil y el agua barata; la integración del antiguo bloque so-

viético en el mercado mundial, permitiendo que los metales y petróleo baratos reduzcan los costos de producción después de 1989; la apropiación del campesinado chino como un vasto excedente de trabajo; la privatización de empresas estatales y cuasi-estatales y de los servicios públicos. Estos regalos libres no volverán. La Gran Frontera está ahora cerrada. Cerrada, o muy cerca de estarlo. Lo que descubrió el capital fue una masa de cuerpos humanos cuyo consumo podría ser radicalmente suprimido, más dramáticamente aunque quizá no siempre más significativamente en el Sur Global. Si las tecnologías que promueven la productividad no estuviesen generalizadas, la era fue caracterizada por la destacable expansión de tecnologías coercivas y disciplinarias necesarias para sostener un régimen mundial de «subconsumo forzado» (Araghi), una que encontró millones con hambre o que sufren de deficiencia nutricional inclusive antes que los precios de los alimentos se disparasen en 2007.

Al ubicar las transformaciones socio-ecológicas de hoy en día dentro de los modernos patrones a largo plazo y a gran escala de recurrencia y evolución, comenzamos a iluminar las contradicciones distintivas en juego en la presente crisis. ¿Estamos en medio de un punto de inflexión en el capitalismo histórico, no solo una crisis de desarrollo, sino en una crisis epocal? Si el carácter destructivo de las crisis de la modernidad ha sido ampliamente registrado —el «qué» y el «por qué» del capitalismo en la naturaleza— ha habido muy poca consideración de *cómo* los humanos han hecho la modernidad por medio de transformaciones radicales sucesivas de toda la naturaleza, incluyendo los humanos. *Cómo* el capitalismo ha funcionado *a través* antes que sobre la naturaleza hace toda la diferencia. Hemos llegado a un momento paradigmático, uno que permite una manera de ver la naturaleza y la crisis como irreductiblemente históricas. En este modo, el capitalismo como ecología-mundo nos permite una comprensión de las naturalezas históricamente específicas de la modernidad como tejidos de liberación y limitación. El punto apenas puede ser sobreenfatizado si nos tomamos seriamente la idea de que todas las crisis civilizacionales emergen históricamente, de las relaciones de los humanos con el resto de la naturaleza. Y en igual medida, también todos los proyectos para la liberación de la humanidad y todos nuestros vecinos sobre el planeta Tierra.